Leo las Líneas de la Mano

I

Entiende antes de empezar, que lo que estás por leer es una responsabilidad y un compromiso. Si llegas al final no hay vuelta atrás. Tienes que responder de alguna forma y cómo lo hagas te dejará ver qué clase de persona eres; no podrás negarlo. Dicho lo anterior, me arranco:

En mis manos puedo leer tu nombre, lo que, a pesar de ser espectacular para quien va a visitar a una gitana, resulta irrelevante si te digo la otra verdad: en mis manos puedo leer quién eres; quién has sido y quién serás. Lo puedo hacer porque no tengo prejuicios que me lo impidan, ni tampoco compromisos para obligarme a cometer una indiscreción. Lo puedo hacer porque soy mujer y porque soy gitana.

Cuando comencé en las artes de la adivinación me pareció vana la advertencia que recibí: “No trates de leer tus propias manos, pues sólo encontrarás la locura que se esconde en los pliegues de todo ser humano, y no podrás regresar a tu camino de lucidez. Te habrán contagiado.”

¿Qué novata puede entender esto a plenitud? En primera instancia decidí hacer caso de los lineamientos, pensando que con eso mi aprendizaje sería más que perfecto. Pasado un tiempo noté que los hechos cotidianos eran contrarios a lo que yo creía; experimenté una pérdida; aún no la cordura pero la confianza en las demás personas. Como es de esperarse, fue paulatino.

Cada mano que leía me revelaba una nueva versión de la naturaleza humana, y después de un tiempo me di cuenta de que todas esas personalidades expresadas por las líneas de la piel eran como flechas que apuntaban al mismo

centro. No me atrevo a describir ese centro que descubrí pues ya bastante difícil fue para mí encontrarlo y entenderlo.

Todas las veces que en vivencias previas creí haber perdido la esperanza, en realidad no había perdido cosa alguna, ya que nada había hallado de cierto hasta ese entonces. ¿Me explico? Si nada has encontrado nada puedes perder.

La desconfianza se acentuó hacia el género masculino. Cuando pensaba en todos aquellos ojos que me desvestían al verme caminar; las frases asquerosas y/u ofensivas provenientes de hombres desconocidos (mi tierna edad no me permitía saber cuán asquerosas); la intención del contacto físico de conocidos y extraños; la condición de imposibilidad de dirigir mi vida plenamente, por el simple hecho de ser mujer… Cuando pensaba en todo esto, creía que estaba conociendo a profundidad algo que sólo veía superficialmente en realidad.

Para el tiempo en que ya me era más fácil entender las líneas de las manos, lo que el portador tiene por delante y por detrás de su tiempo presente, mis prejuicios habían crecido tan alto que me impedían ver a lo lejos, al horizonte. No distinguía la relación de lo que expresaba cada entramado de líneas, en un orden mayor que las relaciona a todas; en el que el gran conjunto de manos conforma una larga historia, que además puede ser narrada de tantas maneras, que podríamos confundirnos y creer que son diferentes relatos.

Antes de seguir adelante he de relatar una pequeña etapa de mi vida: Si bien aprendí a tenerle resentimiento a los hombres, poco a poco, el día que mi novio me golpeó por primera vez, por haber estado a solas con mi mejor amigo (aun cuando le dije que había estado escuchándolo hablar sobre la emoción de haberse enamorado y ser correspondido), ese día lo que era un resentimiento aún sin una silueta definida, se convirtió en un monstruo visible que enseñaba los colmillos de forma amenazante.

Al siguiente día, cuando me dijo que lo había hecho por lo mucho que me amaba, y me envolvió con sus palabras hasta convencerme de que me lo había ganado y lo merecía, mi interior se quebró irremediablemente. Me sentí culpable hasta lo más hondo; traicionaba un amor tan puro como el suyo, e incluso le había puesto cara de monstruo colmilludo, dejando a mi estupidez gobernar por sobre mi claridad mental. A partir de ese día me sentía también culpable de provocar las miradas, las palabras, y las acciones con que los hombres arremetían contra mí. Esa culpa que también era resentimiento hacia los hombres por ser tan débiles de sucumbir ante mi sucia y provocadora persona. Esa culpa sólo disminuía, aunque no del todo, cuando estaba con mi novio, quien me hacía sentir comprendida y perdonada.

Desde que me había golpeado ya nunca tenía ganas de tener sexo con él, pero me parecía mi obligación permitir que me tocara, me besara y metiera su lengua en mi boca, y que me penetrara incluso hasta lastimarme, pues era la manera de purificar mi suciedad natural. Sus celos fueron creciendo y cada vez encontraba mayores pretextos para golpearme. Llegó el día en que me hizo daño en el rostro dejándome amoratada la boca y los ojos, con una gran hinchazón, y no pude cargar con la vergüenza.

No quería que NADIE me viera en la calle, en la escuela, y muchísimo menos en mi casa, así que inventé que pasaría algunos días en casa de mi mejor amiga, estudiando y haciendo trabajos para final de curso, y como no podía estar tampoco en casa de ella, me fui a un hotel de mala muerte; no tenía dinero para algo mejor; ahí no podían verme, y me había encargado de que nadie supiera de mí paradero.

En ese hotel fue que conocí a Casandra, quien develó mi gran talento para la quiromancia. Era fascinante encontrar realidades donde nadie podía verlas. Lo primero relevante que aprendí fue que la culpa es algo que no está escrito en

las manos, sino que sólo se encuentra en nuestra cabeza. Pude voltear a ver por vez primera lo que Ricardo había roto en mi interior aquel día que me agredió alevosamente.

No lo volví a ver jamás, aunque me buscó insistentemente, y la forma de que no me encontrara fue desapareciendo de la vida que llevaba hasta ese entonces. Hoy todavía me da pesar el haber desaparecido de una forma tan radical de la vida de mis padres, de mis amigos, y de haberlos dejado con nomás que una carta donde me despedía sin decir adónde iba ni cuando regresaría. Ni siquiera mencionaba si me volverían a ver.

Han pasado ya más de diez años y no tengo intenciones de regresar todavía, y menos ahora que he entendido dónde está el centro de la dimensión humana, y que más lo que siento son ganas de desaparecer del resto del mundo para siempre.

Retomando el hilo, con cada línea y cada minuto que trazaron mi camino durante los últimos tres mil seiscientos cincuenta y siete días (y un poco más), he logrado hacer las adiciones, substracciones, multiplicaciones y divisiones correctas de mi propia personalidad, para entonces crear una aritmética quiromántica inigualable.

Para hacer las cosas más simples, si tenía que encontrar un común denominador tan complejo como parecía ser, partí del planteamiento de que todas las historias son exactamente la misma, y la estrategia está en contarlas de forma distinta cada una. Todas se componen de los mismos elementos… amor y desamor, valentía y miedo, éxito y fracaso, confianza y traición, nacimiento y muerte; todos tenemos las mismas herramientas para percibir el mundo y expresarnos: ojos, manos, oídos, boca, nariz, cuerpo, mente y alma. Podría decirse, si se ve desde lejos, que todas las personas son la misma y no sólo sus historias (¿o debería decir “su” historia?), y si las líneas de las manos

son diferentes es por la necesidad biológica de conformar relatos de manera distinta y singular.

Este evento del pensamiento (disculpadme el no poder evitar una rima de vez en cuando) dio lugar a la siembra de la semilla de donde crecería el árbol del fruto maldito. ¿Cómo podía ser que leer mis propias manos fuera algo prohibido si, a fin de cuentas, ya las habría leído mil veces en otros portadores?

II

Entrando en el tema fundamental que deseo contarles, se vuelve importante mencionar que nunca sentí atracción natural por las mujeres y, que si encontré placer en amar a personas de mí mismo sexo, fue primero por la traición masculina y, segundo, porque ellas supieron prender el fuego de mi cuerpo con dedos o lengua sobre mi clítoris y dentro de mi vagina.

Mi forma de relacionarme con los hombres que me gustan es, según algunos, enferma; poco me importa su integridad, así que no los daño por medio de mis lecturas si no es de forma involuntaria. Me excita tocar sus líneas de las manos y después leer su historia en mis propias palmas. Es una forma de poseerlos que descubrí justamente cuando decidí que leer mis propias manos no era peligroso para mí, sino para quien intentaba persuadirme de ello.

Casandra en algunos momentos había demostrado sentimientos de envidia hacia mí; aun cuando me ofrecía su amistad de muchas maneras, no podía dejar de sentirlo. Todo empezó el día que estábamos sentadas juntas, mientras me daba lecciones con mi mano derecha entre las suyas y deslizó la izquierda suavemente por el interior de mis muslos desnudos (llevaba una falda corta por el calor que hacía). Me humedecí al instante. Fue tan agradable y me sentí con tal confianza que no dudé en luego aceptar sus besos y a toda ella; de

la forma más natural nació en mí el gusto explícito por las mujeres, así como nació en ella la envidia por mí; era incapaz de dejarse llevar como yo no sólo en el aspecto sexual, si no en la vida en general.

De seguro, si me impulsaba al temor por leer mis propias manos, era porque no quería que llegara yo al conocimiento superior que me estaba destinado. Es tal mi facilidad para el vaticinio que se evidenciaba la cercanía del momento en que ya no tuviera nada por enseñarme; su orgullo tampoco le permitiría tener nada por aprenderme. La vida, por una u otra razón, me ha alejado siempre del ejercicio de la venganza, por lo que antes de una acción negativa en su contra me desaparecí con la misma técnica que practiqué alguna vez con mis padres y amigos. Sin dejar rastro he llegado hasta donde estoy ahora y por decisión consciente es que escribo este relato, sabiendo que por su medio me podrían localizar; nadie creo que me busque ya hoy en día.

Otra vez me estoy alejando del objetivo de este texto, y sé que lo hago porque no encuentro el valor para decir todo lo que me explota dentro por no salir. Si al decirlo evidencio locura por mínima que sea, habré fallado y Casandra tendrá razón. No será tan fácil que yo acepte esa condición de demencia, así que si algo tienes que decir que me inculpe, tú quien me lee, tendrás que demostrarlo fehacientemente. En especial tú porque te sentirás acusado y será difícil que cedas ante el impulso de desdeñar mis juicios sobre tu persona, así como mi lúcida cordura.

En mis manos puedo leerte y leo que eres una persona que ha mentido por su conveniencia, sin importarte las consecuencias de esas mentiras; ni siquiera te detuviste un segundo a pensar en ello, pues el miedo te venció como a un trapo colgante el viento mueve. Ocasionaste dolor en quien te quería y en ocasiones sientes remordimiento, pero no te atreves a pedir una disculpa y quedar como mentiroso, pues posiblemente no te perdonen tal bajeza.

Por otro lado puedo ver que has deseado a la pareja de tu persona más cercana… eso también es una traición difícil de aceptar si lo tienes guardado como un secreto. Es de esperarse que así sea, pues creciste en una sociedad algo mojigata, donde no se pueden usar palabras que describan sencillamente lo que es: anciano, discapacitado, tetas, mierda, son palabras que asustan aunque su significado no sea grosero. Lo que ofende es ser directo entre la gente con quien creciste y hoy te desenvuelves.

Infinidad de veces has sido débil aceptando que te digan falsedades bellas de oír, antes que certezas que no quieres escuchar. Te es más ofensivo que te digan que tu boca apesta, a que te digan que manipulas a tu pareja emocionalmente… ¡incluso lo último puede hacerte sentir bien!

Quieres que diga algo bueno y motivante también, además de decirte tus defectos, pero me temo que todavía no es el momento; tienes que aguantar aún a que te diga que sé cómo abusaste de la confianza de quien te da de comer. Mira que aprovecharse de su distracción y su candidez en cuanto a tu persona, para tomar más de lo que correspondía… no importa que haya sido mucho o poco, es de lo más bajo en que puedes caer. Personalmente te preferiría ver como una persona con limitaciones asumidas, que siendo tan poca cosa como para hacer lo que hiciste, dándote baños de pureza.

Te podría hacer saber que desprecio tu falta de entereza, cuando se trata de empatizar con quien sufre lo que para ti es básico en un ser humano respetable; podría hacerlo pero estamos hablando de ti en este momento, no de mí; prefiero externarte que es fácil de leer tu propensión al miedo que sientes cuando te enfermas, que se convierten en ideas catastróficas.

Tú que estás leyendo, sí, no puedes hacerte a un lado porque lo que lees es lo que yo leo en ti. Puedes defenderte en negación y decir que nunca has odiado tanto la situación en la que te encuentras, que deseaste la muerte de otra

persona; incluso deseaste tu propia muerte en más de una ocasión, sólo por no saber cómo estar bien con tu realidad. Escondiste tu incapacidad en depresión y le echaste la culpa a los demás o a las circunstancias. ¿Por qué te cuesta tanto trabajo asumir las estupideces que haces? ¿Por qué necesitas tener razón?

III

Está bien, tregua, no se trata de que dejes de leer ahora, así que también quiero decirte que puedo ver a un ser humano capaz de lograr sus metas cuando realmente se decide. Aunque a veces no encuentres la seguridad en tu interior, eres una persona creativa y lo puedes ver en la forma de acomodar tus espacios, de decirle a los demás lo que quieres que entiendan, y en el sólo hecho de decidir diariamente de entre tantas opciones para que las cosas salgan bien.

Veo a alguien que ha sido valiente y se enorgullece de esos momentos. No tiene nada de malo que repentinamente hayas hablado de ello a otras personas con el afán de que te valoren. Finalmente quién mejor que uno mismo para hacerse publicidad positiva ¿no es así? Más después de haberte sentido en ridículo de esa forma tan humillante… sabes de qué hablo. ¿No pudiste haber evitado hacer el ridículo? Claro que sí, pero por algo no lo hiciste y no fue como has pretendido, por distracción, torpeza o ignorancia.

Bueno, no hay mucho de qué preocuparse, aquí estoy identificando algo más interesante de qué hablar: en el momento de tu muerte, del que no has podido desprender el miedo cuando lo proyectas en tu mente con detalle, vas a entender que no hay vuelta atrás de una manera que te tranquilizará. Habrás vivido y aceptarás que tu cuerpo ya no te pertenece. Tu trabajo importante será no anclarte a este plano material, siendo un ser incorpóreo, pero tienes todo lo que se requiere para lograrlo.

Otra cosa que me llama la atención es que no te permites creer plenamente en quienes son de tu mayor confianza. No hay en el mundo alguien que, si te invita a correr con toda tu fuerza hacia un muro, a ojos cerrados, prometiendo decirte cuándo frenar para no golpearte, consiga que lo hagas. A lo mucho correrías refrenándote y no imprimiendo toda tu fuerza desmedida. A eso me refiero con creer plenamente en alguien. De la misma forma careces de confianza plena en tu entorno, lo que te lleva a dar mucha importancia al dinero, aun cuando dices que lo más importante no puede comprarse. ¿Acaso sacarías uno de tus billetes, el de la más alta denominación que hay, y lo romperías en pedazos? Sin embargo serías capaz de romper la felicidad de otra persona por hacerle sentir mal si tú no estás de acuerdo con lo que piensa. Si su opinión te parece estúpida. Lo siento, pero es verdad aunque no quieras aceptarlo.

Observo claramente que puedes ser adorable y sorprender a la persona que amas, hacerla reír mucho y sentir de lo más afortunado, pues cuando quieres a alguien lo quieres con todo el corazón; a veces no sabes cómo expresárselo. Mientras tu amor por esa persona sea auténtico y le valores de forma que no traiciones o hieras, no se va a alejar de ti. Lo único que podría hacer que eso fracase es que seas egoísta repetidamente y no te pongas en sus zapatos.

No te olvides ahora que estamos hablando de ti, que estás leyendo el resultado de lo que yo estoy leyendo en ti; no hablamos de un lector ficticio o genérico. Si tienes estas palabras frente a tus ojos es porque son para ti especialmente, ya basta de tratar de evadirte con el argumento de que sólo es un texto de fantasía que te compartieron. No. Realmente lo anterior es parte de tu persona, y si no quieres aceptar que te has creído superior, anteponiendo tu vanidad hasta hacer quedar mal a otros con tal de ser tú quien quede bien, es problema tuyo como siempre. En el momento que tomes la decisión, podrás

deshacerte de esa desagradable vanidad que tan bien has sabido ocultar en su momento, fingiendo modestia y humildad.

Sería de imaginarse que, por el hecho de que estoy leyendo tu realidad en mis propias manos, interpretes que todo esto es una tomada de pelo. No obstante, tienes que pagar por esta lectura ya que todo trabajo debe de ser remunerado. ¿Otra vez vas a dejar salir tu sentimiento de avaricia? Se lee sin dudas que no sería la primera vez que te escudes en que no vale ni siquiera un peso el trabajo que estás recibiendo, y mucho menos el esfuerzo de ponerlo en el banco. Puedes hacerlo por medio de una transferencia, no tienes que ir a la ventanilla a menos que no sepas lo suficiente del tema tecnológico, lo cual no te exime de tu obligación de pagar. Si llegaste hasta este renglón es porque tú así lo decidiste; nadie te obligó a consumir un servicio de primera calidad como el mío, que te está dando tanto que aceptar y aprender sobre tu propia persona. Algo muy cómodo de todo esto es que la cantidad a pagar depende de ti, pues es una cooperación (obligatoria, sí) que me permitirá tener para vivir, y así continuar ayudando a gente como tú, que tiene conflictos y confusiones existenciales que no ha podido resolver.

Escribe a obviedadesignoradas@gmail.com y te compartiré los datos bancarios para que pagues o, de omitirlo, recibas tus consecuencias astrales.

¿Piensas que estoy loca? Demuéstralo, como te dije desde el principio. ¿Incluso aseveras que no soy mujer? Perfectamente sabes que todas las personas de una u otra forma lo somos por genética.

por Fernando Helguera, 2020